

## LAS REPRESENTACIONES DE LO CIUDADANO ELEMENTOS PARA FUNDAMENTAR UNA INVESTIGACIÓN SEMIÓTICA

Horacio Rosales, Ludy Grandas, Leonor Avilés, Gisela Arocha,\*

### Resumen

En el presente documento se pretende justificar la necesidad de desarrollar investigaciones para comprender cómo los actores de un espacio urbano se representan a sí mismos como ciudadanos, dentro de las relaciones *yo-tú*, y desde la comprensión del funcionamiento de los discursos de apropiación de las normas en los ámbitos educativos. Para ello, se propone a la semiótica como espacio de investigación que posibilita asumir las manifestaciones signícas de diversa naturaleza, bien sea como enunciados o como discursos, con unas claves de interpretación para la producción del sentido y la construcción de las representaciones colectivas. La pregunta por las representaciones de la ciudadanía en el espacio urbano contribuirá a comprender los dispositivos y hábitos interpretativos que se actualizan en las relaciones conflictivas de la cotidianidad.

### Summary

The intention of this document is to justify the need to develop research that leads to the comprehension of how the actors, within a urban environment, represent themselves as citizens. This can be done through the relationships *I-you*; also having in mind the comprehension of the functioning of the speech of appropriation of the education environment norms. In order to achieve this, semiotics is proposed as the investigation field that makes it possible to assume the signic manifestations of diverse nature, either as announced statements or as speeches. Such manifestations make use of some clues of interpretations for the production of sense and the construction of collective representations. The question for the representations of citizenship in the urban environment contributes to the comprehension of the mechanisms and interpretative habits that become actual in the conflictive relationships of the everyday life.

### Sobre la semiótica

Dentro de las orientaciones pedagógicas y de las acciones que constituyen la naturaleza de las unidades académicas orientadas a la formación de docentes e investigadores de la realidad educativa, más allá de los límites de las aulas, urge gestar un espacio

de interlocución válido para comprender, desde proyectos sistemáticos de investigación, al hombre con quien se trata en el complejo tejido de la formación ciudadana. Ésta, por su parte, dinamiza el desarrollo de la colectividad, con el flujo de sus conflictos de los actores sociales y de sus urgencias por comprenderse como parte de un proyecto de construcción cultural y de la calidad de vida. Por ello, es importante definir algunos elementos fundamentales que permitan orientar la investigación semiótica

\* Profesores de la Escuela de Letras, UIS.

alrededor de la formación ciudadana, discurso complejo en el que intervienen diversas naturalezas signícas para constituir aquello que el espacio urbano da y recibe de sus sujetos formados como ciudadanos.

La perspectiva articuladora para tales orientaciones investigativas es la semiótica, precisamente por su condición abierta para constituirse a sí misma, como esfuerzo para comprender lo que es propio de los complejos signícos con los que el hombre organiza su vida desde el suelo de su condición simbólica. La semiótica posibilita la comprensión, desde fundamentos cognitivos, de los constructos expresivos y significativos con los que el hombre da forma a sus prácticas culturales y a sus representaciones; es decir, realiza la pesquisa de aquello que es constitutivo de los sistemas signícos y de la actualización de la significación de éstos en los procesos de enunciación viva dentro de los discursos de la vida de la cultura.

La semiótica es la teoría general de los procesos por los cuales el ser humano, al interior de la construcción del proyecto de civilización, realiza procesos de representación. Éstos, desde una perspectiva peirceana, se definen como situaciones dentro de las cuales un objeto (signo), de cierta complejidad, está en condiciones para ocupar el lugar de otro u otra cosa, para un interpretante, pero ello dentro de una dinámica de lectura e interpretación del mundo. Los significados de los signos se configuran como los valores expresables en realidades perceptibles (la materialidad del signo) asumidas por el interpretante que establece la relación triádica entre sí, el signo y la cosa a la que éste representa. Los significados se actualizan en situaciones de uso, por lo que la acción semiótica es dinámica,

compleja y definida por los hábitos<sup>1</sup> de acción e interpretación de una colectividad. La semiótica realiza, en consecuencia, la lectura comprensiva de los procesos de significación expresados en los discursos y en los textos que la cultura produce.

### Semiosis y semiosfera

Al interior del complejo semiótico cultural los actores sociales construyen modos de vida y representaciones de sí mismos y de su organización social, de modo que tales representaciones contienen y generan sentidos que orientan las acciones y las prácticas no exentas de situaciones conflictivas. Un complejo signíco que ocupe a la semiótica se asume desde sus relaciones con el contexto de su emergencia, por lo que se aborda como un enunciado que se produce dentro de una acción y como una acción. El contexto, complejo sistema de sistemas signícos en interacción ha sido denominado por Lotman como semiosfera, cuya naturaleza consiste en ser una esfera en cuyo interior «resultan posibles la realización de los procesos comunicativos y la producción nueva de información» (Lotman, 1996).

Al interior de la semiosfera se dan los procesos de representación mediados a través de las realidades expresivas que en su dinámica indetenible constituyen la semiosis, la permanente remitencia de un signo a otro por encadenamientos

---

<sup>1</sup> Se entiende *hábito* desde la perspectiva peirceana como el modo de actuar que se espera de un signo, de un intérprete o de un interpretante ante otro signo. Este comportamiento se define por un modo habitual de interpretar la situación signíca y se perfila dentro de parámetros socio-culturales. Hábito interpretativo, para la semiótica peirceana, es una acción cuyo efecto es la significación, que es el cómo se puede actuar frente a un signo o complejo de signos expresados en el devenir de la vida y del flujo del pensamiento; en este sentido, el significado de un signo no recae en una individualidad, sino en todos los complejos que inciden en el desarrollo de la razonabilidad concreta.

interpretativos. La semiosfera es, así, un universo de construcción simbólica que tiene límites demarcados culturalmente, tiene relieve y fuera de ella todo es extrasemiótico, extracultural, carente de significación clara hasta ser traducido a los lenguajes de ese complejo en que las cosas adquieren sentido. La semiosfera, como espacio de lo semiótico, está en permanente proceso de hacerse a sí misma a través de las relaciones entre los actores sociales y el conocimiento; su complejidad orgánica se expresa en un movimiento interno a los que atrae a todos los fenómenos que aún no formaban parte de ella y a todo lo que constituye la cotidianidad del mundo.

Al interior de la semiosfera, el signo no se asume como la unidad formal y mínima cargada de una significación segmentaria, sino como un fenómeno pragmático de representación y como texto que discurre, por lo que el signo está abierto a una especie de proliferación de significados en su crecimiento constante y por su permanente remitencia a otros signos que lo interpretan, siempre en un espacio semiótico que puede ser considerado como un organismo único en su especie (Lotman, 1996: 24). La acción del signo, o la semiosis, no es anárquica dentro de la semiosfera y está sujeta a una serie de hábitos interpretativos que se han consolidado socialmente. Allí, el signo posee posibilidad de apertura y de interpretación cuando al asumirlo, desde un contexto específico y por un usuario particular, sostiene la producción del sentido, pero el usuario del signo, el intérprete o un actor social posee, dentro de su competencia signíca particular (cultural, comunicativa, lingüística, estética, teatral, ética, técnica, etc.) las prescripciones de hasta dónde puede llegar en la utilización del signo (o del sistema de signos) en determinada circunstancia de la vida cotidiana que lo urge. La participación en la semiosis es, entonces, una acción, una lectura, una práctica productora de sentido, a partir de una serie de condiciones de

restricción, más o menos estables, que están en el interior de la organización del enunciado signíco.

La semiótica reconstruye esos procesos de semiotización y de organización sistémica de las diversas escrituras y lecturas humanas. La teoría semiótica general se alimenta de las investigaciones de las semióticas particulares o alrededor de fenómenos concretos y dinámicos, como la literatura, la gestualidad, el lenguaje, etc. y a partir de ahí elabora un constructo teórico con repercusiones cognitivas y epistemológicas sobre las representaciones que el ser humano hace de su mundo, tal como ha demostrado Umberto Eco en *Kan y el ornitorrinco* (1998). Así, la lectura semiótica de un fenómeno consiste en comprender:

- ¿Cómo se organiza la realidad signíca en general y en un horizonte cultural?
- ¿Qué sentidos se generan y subyacen en la articulación del actor social con dicha realidad signíca con que se construye a sí mismo en un contexto cultural?

La comprensión de las mediaciones signícas o semióticas en las interacciones comunicativas posibilita la comprensión de los valores y creencias que se consolidan profundamente en la formación permanente de la cultura y esta, a su vez, se perfila fuertemente en la dinámica de las instituciones y espacios sociales destinados para ello, como la familia, los medios de comunicación social, las organizaciones educativas de cualquier nivel.

### **Las representaciones como hábitos interpretativos**

Las representaciones que los actores sociales hacen de su realidad están constituidas por

hábitos interpretativos que generan sentidos y determinan modos de hacer como miembros de su organización social, como ciudadanos, por ello no es suficiente ver el signo como una unidad mínima formal de expresión de contenido ni a la representación como algo diferente a la condición de la realidad como constructo signico. Comprender un signo como algo complejo es aprender qué hay que hacer para producir una situación concreta en la que se pueda obtener la experiencia perceptiva del objeto al que el signo se refiere. Así, el hábito interpretativo es regulado, pero, como constitutivo de la semiosis, y al igual que la semiosis misma, muere y renace permanentemente, pues es una acción modificadora que *se convierte, a su vez, en un signo y genera un nuevo proceso semiótico* (Eco, 1987). Allí, entonces, el signo constituye la materialidad y sentido de las representaciones que se hacen vigentes a través de él.

Los hábitos interpretativos figuran así como el fundamento de los sentidos que émicamente y éticamente se producen sobre lo que es, por ejemplo, el *ser ciudadano* y el sentido del *espacio público como espacio del ejercicio de la ciudadanía*. Los sentidos son valores expresables en realidades perceptibles (estructura material del signo) y se actualizan en situaciones de uso de una colectividad o grupo de usuarios de tal mediación. Tales procesos de significación son contruidos por los actores desde el complejo cultural que envuelve el devenir de la vida cotidiana. Los procesos de interacción de los actores sociales en su contexto, como la ciudad, están definidos por las representaciones que cada sujeto posee de lo que significa ser ciudadano dentro de lo urbano.

Las representaciones son mediaciones semióticas de los dinámicos procesos de conceptualización y las conceptualizaciones se expresan en las representaciones que son constructos dentro de los

cuales una materialidad expresiva media los hábitos interpretativos que los intérpretes o actores sociales producen o estabilizan a través de las normas que cumplen o rompen sobre la realidad que les interpela en las urgencias de la compleja vida cotidiana. Las representaciones son referentes para los modos de actuar de cada persona en las inmediaciones de su mundo y en sus relaciones con sus semejantes. Cada sujeto posee, dentro del concierto de la sociedad a la que pertenece y le ha educado a través de procesos de incorporalización de los discursos, una serie de representaciones de sí mismo y de la alteridad como miembros del colectivo y de los deberes y derechos que comparten y los definen como ciudadanos dentro del horizonte cultural.

### La ciudad como complejo semiótico

Dentro de la inmensa “baba” de significación, en la que el hombre está sumergido y por la cual está determinada su condición humana, emerge la ciudad entendida como un complejo sistema de signos, “como objeto de atención y análisis semiótico” (Gennari, 1998), puesto que en ella está organizada y representada la realidad del hombre urbano, quien se expresa, allí, a través de procesos comunicativos donde los actores sociales se reconocen como miembros de una lógica y una dinámica de cultura que los perfila como ciudadanos. En esta condición de lo urbano como complejo de enunciaciones signicas es posible comprender, desde la semiótica, de modo analítico, y más allá de las explicaciones unívocas, las representaciones diversas que construyen la arquitectura del sentido de la ciudad. Una preocupación fundamental sería aquella que inquiere por el sujeto urbano que se define por su relación con el otro, el espacio, el tiempo y los contrastes con lo rural, lo que implica abordar, desde una investigación de orden cualitativo e interdisciplinaria, cuáles

son y cómo se construyen las representaciones de la ciudadanía del actor social.

La tarea de explicitar sistemáticamente la representación de lo tácito e indecible de la cultura, pero entrañado en las prácticas simbólicas, permite comprender las razones sobre el modo de ser del hombre de una ciudad como Bucaramanga, por ejemplo, y fundamentar críticamente el proyecto de formación del hombre urbano. Allí, la semiótica emerge como un esfuerzo interpretativo y, por demás, crítico, de los procesos de representación signíca que posibilitan la producción de los sentidos que orientan las actividades humanas en el devenir diario.

La ciudad, compleja, conflictiva, problemática y en permanente búsqueda de soluciones para la calidad de vida y el reconocimiento de sus sujetos como ciudadanos atraviesa a los actores sociales que la construyen y demandan de ella respuestas por la calidad de vida. La ciudad forma a sus ciudadanos por medio de procesos educativos que tienen lugar y tiempo en las diversas cadenas de textos que se tejen en toda la dimensión de la vida urbana. La ciudad deviene como complejo cultural, como objeto semiótico, como mediador de la formación de los ciudadanos y como generadora de representaciones de lo que los ciudadanos *piensan y creen que son* en esa ciudad y lo que el *espacio de la ciudad* es para ellos. La semiótica intenta leer el conjunto de las producciones de sentido mostradas por la ciudad a través de sus ciudadanos y por el hecho de que la ciudad se presenta “como lugar de cultura, entendiendo con esta especificación la ciudad no sólo como lugar donde se *hace* cultura sino también como espacio cultural *por sí mismo*” (Gennari, 1998: 67), como compleja semiosfera.

La investigación que se logra plantear alrededor de esta idea necesariamente debe asumir la preocupación por la reconstrucción comprensiva

de los sentidos que generan y constituyen las representaciones que el actor social de la ciudad produce de la ciudadanía, tanto del *ser ciudadano* como del *espacio urbano* donde él se desempeña como actor. Entonces, el abordaje de las representaciones, mediadoras de sentido, consiste en dar razón de los hábitos interpretativos que los habitantes de la ciudad construyen sobre ellos mismos. Tales representaciones se expresan a través de diferentes textos asumidos como manifestaciones signícas complejas, con las cuales es posible reconstruir lo que la ciudad da al ciudadano en el proceso de su formación y lo que el ciudadano le retribuye a la ciudad en los procesos de convivencia cotidiana. Un problema de investigación sobre este contexto se perfilaría en la pregunta sobre *¿qué hábitos interpretativos se actualizan en los sentidos de la ciudadanía expresados por actor social de una ciudad en sus experiencias de vida cotidiana?*

El análisis semiótico puede asumir los términos en que los sistemas de representación de la ciudad pueden interpretarse como sistemas de ideas y como representaciones culturales que son mediadas en los procesos de socialización y educación a través de los cuales la ciudad forma a sus actores como miembros y como interlocutores del *otro*. En el plano de la investigación, y frente a los fenómenos complejos y contradictorios que en las ciudades parecen ir en contra de la cualificación de la vida del hombre, es necesario plantear problemas que permitan reflexionar la ciudad como proceso de construcción cultural y como un proyecto educativo, o en palabras de Gennari, como una “*lógica de cultura educativa*” (Gennari, 1998: 69) que proporciona las coordenadas de orientación de los ciudadanos que gestan y desarrollan conflictos en la pluridimensionalidad comunicativa y de convivencia cotidiana.

El ciudadano es parte del proyecto educativo de la ciudad y él está en permanentes encuentros de tipo formativo en los espacios urbanos de variada naturaleza, en los múltiples discursos semióticos urbanos donde se producen diferencias ideológicas, los conflictos por la supervivencia, los subterfugios retóricos, las banalidades y las alternativas para una sana vida de convivencia. La ciudad semiotiza y proyecta, con su "modelo" de desarrollo, a sus ciudadanos, a sus actores sociales, especialmente a través de los procesos de comunicación que constituyen la naturaleza esencial de la organización colectiva, de la cultura y de todo lo que se mueve dentro de ésta. El intercambio de significados actualizados en los sentidos recurre a la dinámica de las experiencias individuales y colectivas (experiencias de exclusión, marginación, tolerancia, participación, desigualdad, etc. entre actores y entre actores e instituciones) y a la diversidad de lenguajes que, sistemáticamente, responden a las realidades contextuales y se adaptan a las nuevas reglas que la periferia de la semiosfera o sistema cultural podrían introducir en su centro normativo. Allí, es necesario determinar los enunciados de la ciudad en la formación del ciudadano para apuntar a un proyecto comunicativo, por ende, colectivo, humano, desinteresado y altruista en su genuina definición como acción democrática, es decir, como espacio de los ciudadanos que comparten y construyen críticamente el devenir de su cotidianidad.

Una mirada atenta a los variados lenguajes que se hablan en los diferentes espacios socioculturales de la ciudad permite fijar la mirada en el hombre, sus culturas y lenguajes mediante los cuales lee y escribe su realidad, con el fin de centrar la atención en el problema de la formación del ciudadano. Una investigación de esta naturaleza se justifica por generar un espacio interdisciplinario en el cual se elaboran

construcciones teóricas, desde la dinámica de la vida cotidiana de la ciudad, sobre los procesos de construcción de las conceptualizaciones implícitas de ciudadanía que manejan los actores sociales en los procesos de convivencia social y en la interpretación que hacen del espacio público como escenario de vida que forma parte de la propioceptiva cultural émica y ética.

Dentro de los parámetros de la formación en las instituciones que garantizan la estabilidad social a través de la educación de los ciudadanos es posible evidenciar los modelos panópticos sociales, explicados por Foucault<sup>2</sup>. Esas representaciones se concretan y se repliegan en prácticas semióticas que forman y transforman a los individuos en función de ciertas normas. Tales procesos de normalización de las prácticas cotidianas de los sujetos en el espacio, en el tiempo, con su cuerpo, en las relaciones sociales y con los sistemas simbólicos son vehiculados en los procesos de socialización del sujeto, especialmente en el medio familiar, en la calle y en la organización de la educación formal. Por ejemplo, las relaciones de comunicación entre maestros y estudiantes, para mediar el acervo cultural de la sociedad, entrañan los hábitos interpretativos y comportamentales que la sociedad instituye.

En este marco, la *propioceptiva cultural* se entiende como el sentir del sujeto o actor social como parte de una cultura y de sus presupuestos para representarse y comprender su propio mundo y se relaciona con la competencia de cada actor social para distinguir lo propio de lo ajeno en la construcción de su enciclopedia cultural. Esta propioceptiva es un proceso que cada persona o grupo concientiza en procesos de contrastación de sus experiencias con otras

---

<sup>2</sup> FOUCAULT, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona. Editorial gedisa, 1996.

perspectivas de vida, en procesos problemáticos sociales que incitan a la comunicación y a la traducción de formas extraculturales y que permite a los actores sociales expresar sobre lo permisible y no dentro de sus prácticas sociales, además de posibilitar, para la investigación, el rastreo de los hábitos interpretativos que allí subyacen y que la sociedad ha incorporalizado en cada sujeto. La propioceptiva cultural se podría apoyar, de algún modo, en la perspectiva expresada por Néstor García Canclini, quien explica que el *ser ciudadano* no tiene que ver sólo con los derechos reconocidos por los aparatos estatales, sino también con las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia y hacen sentir diferentes de otros grupos a quienes poseen una misma lengua, actúan de maneras semejantes en la organización de la cotidianidad y en la manera de satisfacer sus necesidades. Es decir, se trata de una «ciudadanía cultural» que supone una cultura que convierta a los individuos en ciudadanos. Y como toda cultura es resultado de un proceso de socialización, será importante crear, desde la sociedad civil y desde el estado, un nuevo contrato cultural entre los agentes básicos de la socialización: la familia, los centros de enseñanza y los medios de comunicación social. Esto tendría como finalidad reunir unos mínimos compartidos de educación ciudadana para generar ideales colectivos altruistas, formar el hombre-mundo frente al hombre-patria, formar en la práctica de virtudes públicas y motivar a las personas en la participación social. De esta manera se formaría un tipo de ciudadanos universalistas, preocupados y ocupados en la tarea de construir un planeta humanamente habitable. Un gran desafío para el siglo XXI es precisamente la construcción de esta ciudadanía internacionalista; sólo así este tiempo podría ser el escenario de un nuevo Renacimiento de masas. Como dice la UNESCO, es indispensable asegurar una

educación desde valores que contribuyan eficazmente a la convivencia democrática, a la tolerancia y a un espíritu de solidaridad y de cooperación, tanto más en un mundo en rápido y profundo cambio hacia la globalización en todos los campos.

### **El ser ciudadano**

No solamente la formación de ciudadanos, sino el concepto mismo de ciudadanía han evolucionado. La ciudadanía emerge como un concepto múltiple y es la disponibilidad del sujeto humano de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro, pero es también un concepto abarcable teóricamente en el marco de un proceso dinámico de discusión racional, crítica e intersubjetiva (Alejandro, 1993, citado por Bárcena, 1997), por lo que sería prudente consolidar la ciudadanía en la concepción de las interdeterminaciones recíprocas que los sujetos construyen con sus comportamientos cotidianos como fuente de constructos éticos y de valores. Estas representaciones se alimentan de dos fuentes o polaridades discursivas, de manera simultánea y conflictiva: la ciudadanía prescrita oficialmente, instituida y mediada por los diversos sistemas de socialización y culturización del grupo social y las representaciones de la ciudadanía que los sujetos elaboran permanentemente, permeando las normas oficiales, a lo largo de la vivencia de los conflictos diarios de supervivencia personal y social, dentro de la realidad distante de la prescripción normativa formal. La ciudadanía no es una práctica natural, sino adquirida, y consiste en ser un sujeto políticamente capaz de ejercer la propia facultad de decisión y juicio. La formación del ciudadano es una empresa colectiva, pues la interdependencia entre los sujetos constituye la

noción fundamental de la ciudadanía, lo que hace que el actor social derive su sentido como un ser político, con derechos cívico-políticos vinculados a la constitución. La ciudadanía implica educación y motivación, confiere una identidad de tipo social y es una práctica de compromiso orientada a la participación en el ámbito público, la formación de virtudes públicas y la articulación moral del bien público (Bárcena, 1997:122).

El ciudadano expresa a través de diversidad de discursos las referencias de la alteridad, de lo que le es permisible y prohibido para su comportamiento, de su sentido ético dentro de una cultura oficialmente democrática, de su actitud frente al conflicto y al cambio, de la idea de estar ubicado en el centro de la cultura o en la periferia de ésta, de la búsqueda de rupturas con el orden social, entre otros factores. Investigar sobre las estructuras de las representaciones de la ciudadanía que determinan la cultura urbana de los actores sociales conducirá, entonces, a la comprensión crítica sobre la calidad e intensidad de la participación del actor social en la construcción cultural de su mundo de referencia vital, con el que debería tener un compromiso de mejoramiento.

### **Investigar las representaciones de la ciudadanía**

Los proyectos de investigación que se constituyan alrededor de la reconstrucción o comprensión de las representaciones de la ciudadanía en un espacio urbano determinado tendrían que acudir a una orientación metodológica de la investigación cualitativa, donde las explicaciones y elaboraciones teóricas no pretenden ser constructos definitivos, verdades que postulen leyes o premisas

inalterables sobre los fenómenos de elaboración simbólica humana, pero sí una estrategia de enriquecimiento racional sobre los sentidos fundamenta el obrar de la gente. A través de esta metodología se busca caracterizar el modo en que las personas crean situaciones y reglas de producción semiótica, de modo que ellas crean sus propias realidades sociales (Mehan y Wood, citado por Lozano, 1989).

Desde la investigación cualitativa se cuestiona una pretendida objetividad verificable ante cada situación particular, fundamentalmente porque se reconoce que los hechos sociales son prácticas que carecen de una estabilidad inamovible, pues son el resultado de una acción continua de sus agentes que hacen uso de sus competencias y acciones individuales interrelacionadas. Dentro de la investigación cualitativa se pretende comprender los métodos que los individuos utilizan para realizar sus acciones cotidianas y darles sentido, aún en situaciones triviales, empíricas o científicas. Esto implica analizar e interpretar los sentidos que surgen no sólo de los saberes más o menos científicos, sino también de las creencias, intuiciones y sensaciones “que integran el saber que orientan toda actuación socialmente organizada” (Góngora, 1996:126).

Se recurre a la articulación de la semiótica con la investigación cualitativa porque en esta se considera la realidad de la vida cotidiana como proceso permanente de construcción de sentidos que crean los actores en su interacción social, y que como tales deben ser interpretados en y desde su situación de percepción de la experiencia cotidiana, donde las acciones son sociales y se hacen comunicables “en la medida en que permiten ser interpretadas por el otro, es decir, en la medida en que el otro las percibe en forma de mediaciones socialmente conocidas, como son los múltiples lenguajes que pueden



utilizarse y de hecho se utilizan". (Góngora, 1996). La vida cotidiana es un fenómeno en cuyo seno los lenguajes le permiten expresarse en su particularidad mas no en su totalidad. Es el análisis de las prácticas semióticas lingüístizadas, lo que constituye el metalenguaje expresivo del saber de la investigación científica.

Desde esta reflexión, entonces, se logra aproximar una serie de argumentos que permiten sustentar la idea de la investigación

de las representaciones que los ciudadanos de un espacio público poseen, articulando una perspectiva semiótica con una propuesta de investigación cualitativa que posibilite miradas comprensivas y analíticas de aquello que fundamenta, en los actores sociales del espacio urbano, los significados más profundos de sus acciones en relación con los otros, más aún en un contexto de conflictos y donde las diferencias sociales tienen impacto evidente o soterrado en la conformación de desigualdades y conflictos.

### Bibliografía Preliminar

- BERGER Peter y LUCKMAN, Thomas, La construcción de la realidad, Buenos Aires, Amorrortu, 1968.  
BERTOLUCCI Marcela. ¿Qué es la pragmática? Barcelona: Paidós, 1991.  
DALEDALLE J. Leer a Peirce hoy. Barcelona: Gedisa, 1996.  
ECO U. Semiótica y filosofía del lenguaje. Barcelona: Lumen, 1990.  
\_\_\_\_\_ Los límites de la interpretación. Barcelona, Lumen, 1992  
\_\_\_\_\_ Cinco escritos morales. Barcelona, Lumen, 1997  
\_\_\_\_\_ Kant y el ornitorrinco. Barcelona, Lumen, 1998.  
FOUCAULT Michel. La verdad y las formas jurídicas. Barcelona, Gedisa, 1996.  
GARCIA CANCLINI Néstor. Culturas híbridas. México. Grijalbo, 1990.  
GEHLEN A. El hombre. Barcelona, Sígueme  
GENNARI S. Semántica de la ciudad, Berceles, Herder, 1997.  
GONGORA Alvaro. El actor social, ¿un símbolo posmoderno? Bucaramanga, UIS, 1996.  
LOTMAN I.: Semiosfera I, II y III. Madrid, Cátedra, 1996.  
MERLICH J. C. Del extraño al cómplice. Barcelona. Anthropos, 1994.  
PEIRCE Ch. El hombre, un signo. Barcelona, Crítica, 1988.